Ese pájaro negro al que llaman tristeza

UNA CONVERSACIÓN CON JOSE AGUSTÍN GOYTISOLO*

Rafael Adolfo Téllez

I

No le pregunté a José Agustín Goytisolo por la poesía de César Vallejo, pero su indefensión cuando espera el regreso de la madre es la misma del peruano que cree que su hermano Miguel vendrá de aquel juego en el que se ha ocultado. Si en todas las palabras de un poema ha de leerse su necesidad, esto que digo se hace más evidente que en ningún otro de los libros del poeta catalán en *El retorno*, obra con la que obtiene un accésit del premio Adonáis de 1954.

* Por su interés rescatamos esta entrevista con José Agustín Goytisolo, prácticamente inédita, que fue realizada por Rafael Adolfo Téllez en Sevilla el 3 de diciembre de 1992.

José Agustín Goytisolo en un parque de Barcelona.

La mitad de los días se le fueron esperando el regreso de la mujer que un día de marzo de 1938 fue asesinada por una bomba de la aviación franquista. Dicen que Julia Gay, después de la detonación, llegó a alcanzar, por su propio pie, el portal número 17 de Paseo de Gracia donde murió abrazada al bolso en que llevaba los regalos que había ido a comprar para su hijo. Sin embargo, Julia Gay es, en *El retorno*, la que no se nombra. Una sola referencia precisa hay a ella, cuando en el mármol de su tumba se graba la fecha de su muerte.

Aquí, cuando empezaste a vivir para el mármol,
cuando se abrió a la sombra tu cuerpo desgarrado,
pusieron una fecha: diecisiete de marzo.

En la poesía de José Agustín Goytisolo conviven la dureza de la piedra y el temblor de las ramas. Al poeta le cayó muy pronto encima ese pájaro negro al que llaman tristeza del que me habló cuando, el 3 de diciembre de 1992, lo entrevisté en una Sevilla con aires aún de parroquia pero ya con ínfulas de metrópolis. Lo había traído mi amigo Francisco García Morilla y yo era locutor en una emisora de radio del entonces famoso Loco de la Colina donde solía conversar al atardecer con poetas de España y América. José Agustín vino como invitado -compartiendo cartel con Pablo García Baena, María Victoria Atencia y Felipe Benítez Reyes- al IV Ciclo de Poesía Española Contemporánea, organizado por la Facultad de Filología. Conocí tarde a quien, hacía ya mucho, formaba parte de mi alfabeto sentimental pues los de mi edad oíamos, como se oye a un santo, a Paco Ibáñez, en aquel disco que grabara en el Olimpia de París y en él unos cuantos poemas del que, en el Aula Magna, mostró cierto disgusto cuando quiso el presentador hacer una broma sobre su afición al alcohol. Finalizada la conferencia, caminamos por las enrevesadas calles del barrio de Santa Cruz hasta una taberna en la que, por puro azar, aquella noche, un cantante afincado en Sevilla estrenaba su versión de *Palabras para Julia*. Al saber que José Agustín se encontraba en la sala mostró reiteradamente temor a que el poeta le pidiera derechos por los versos que había escrito para su hija. Recuerdo a José Agustín como a un hombre triste, cansado, taciturno y, sin embargo, muy cordial, muy atento con todos los que le rodeábamos.

Ante el micrófono, me comentó cuánto tenía que agradecerle a la poesía; me habló casi con lágrimas de Jaime Gil de Biedma a quien quería *mucho más de lo que nadie se pudiera imaginar* y con indisimulada tristeza de la guerra que marcó su infancia y que es en sus versos denuncia del orden social establecido, igual que sucede en otros compañeros de su generación.

El retorno, que fue el primero de sus libros, y *Final de un adiós* -escrito casi treinta años después- son el mismo libro. Todavía en *Las horas quemadas*, ya en 1996, en su parte inicial, asoman evocaciones de ese tiempo sin tiempo que es la infancia aunque ahora en tercera persona, con serena desesperación. Si algo separa esas dos obras es que en la segunda, escrita durante la transición, se habla ya abiertamente de la *fúnebre paz de los vencedores*. En *Final de un adiós*, confiesa haberse armado de orgullo y odio contra las banderas de aquel crimen, pero además de odio y desgarro verdaderos hay poemas de una delicadeza que conmueve tanto o más que lo anterior. En *Los Goytisolo*, obra de Miguel Dalmau, su hermano, el novelista Juan Goytisolo reconoce que José Agustín fue una especie de hijo destronado pues su padre nunca lo reconoció como primogénito, tras la muerte de Antonio, el mayor de los hermanos. La infancia fue, pese a ello, el territorio mejor de aquel hombre que confesó en numerosas ocasiones no servir para nada, pero que fue un excelente poeta y consiguió eso que la poesía consigue en raras ocasiones, que el mundo suene a inmortalidad. En estas elegías Julia Gay parece estar aguardando siempre en el umbral, al caer la tarde.

José Agustín Goytisolo nace en un caserón a la sombra de la fortuna que el bisabuelo Agustín hace en Cuba. De este edificio, situado en la barcelonesa Vía Augusta, huyendo de las iras anarquistas, se traslada la familia, durante la guerra civil, a Villadrau, pueblo montañés cercano a Montseny, y es quizás este recodo de la tierra con *fogatas en las noches de San Juan*, con juegos infantiles hasta que cae la noche el mago lugar donde se alza la figura de aquella cuyo paso *es leve como la brisa, la lejana siempre entre los chopos*. Las elegías de José Agustín Goytisolo no encuentran parangón por su inmediatez y su frescura en ningún otro poeta de aquel grupo al que, en los años cincuenta, reúne la noche en una taberna que ya no existe de la madrileña calle Balmes y es allí donde, cierta noche, sobre el sucio mostrador, se firmó el acta de fundación de la generación del medio siglo en lo que es ya una vieja foto color sepia que hoy el olvido retoca a su manera.

El poeta realiza los últimos cursos de Derecho en la capital de España donde toma contacto con José Ángel Valente, José Manuel Caballero Bonald o Ángel González, miembros de la generación menos academicista de todo el siglo. Y acaso sea entre ellos José Agustín el más libre, el más indomable. Se hospeda por entonces en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe donde se amiga con gentes como el nicaragüense Ernesto Cardenal o el colombiano Eduardo Cote Lemus que andaría ya en amores con aquella aragonesa, actriz de carácter, que fue mi amiga Mayrata Owisiedo.

Aunque es mucho lo que les une no es poco también lo que les separa. Ni

siquiera los que dentro de ella integran la llamada escuela de Barcelona se apoyan en los mismos maestros. Jaime Gil de Biedma se confiesa en deuda con los poetas ingleses; el poeta y editor Carlos Barral con la poesía venida de la vecina Francia; José Agustín lee fervorosamente por entonces a don Antonio Machado, un poeta del que los del 50 toman sólo una parte, la no simbolista, la que linda menos con el misterio.

Si desestimamos, por burdo, el concepto de generación y nos atenemos al de promoción sin poner demasiado énfasis en lo que éste tiene de autopromoción, que la hubo, podríamos caracterizar a este grupo por lo que se ha demostrado ser su mas sólida aportación a la poesía de este siglo: el intimismo ético, término no inexacto, pero sí incompleto pues deja fuera el irracionalismo visionario de Claudio Rodríguez o la poesía reflexiva de, por ejemplo, José Ángel Valente.

La que más tarde fue su esposa, Asunción Carandell, lo define como "*inteligente y poco diplomático*". Dicen los que lo conocieron bien que fue un hombre bebedor, simpático y vitalista, aunque cercano siempre a la depresión. Me confesó en la entrevista haber sido libre incluso en un calabozo y haber escrito sin seguir jamás las consignas de ningún partido político.

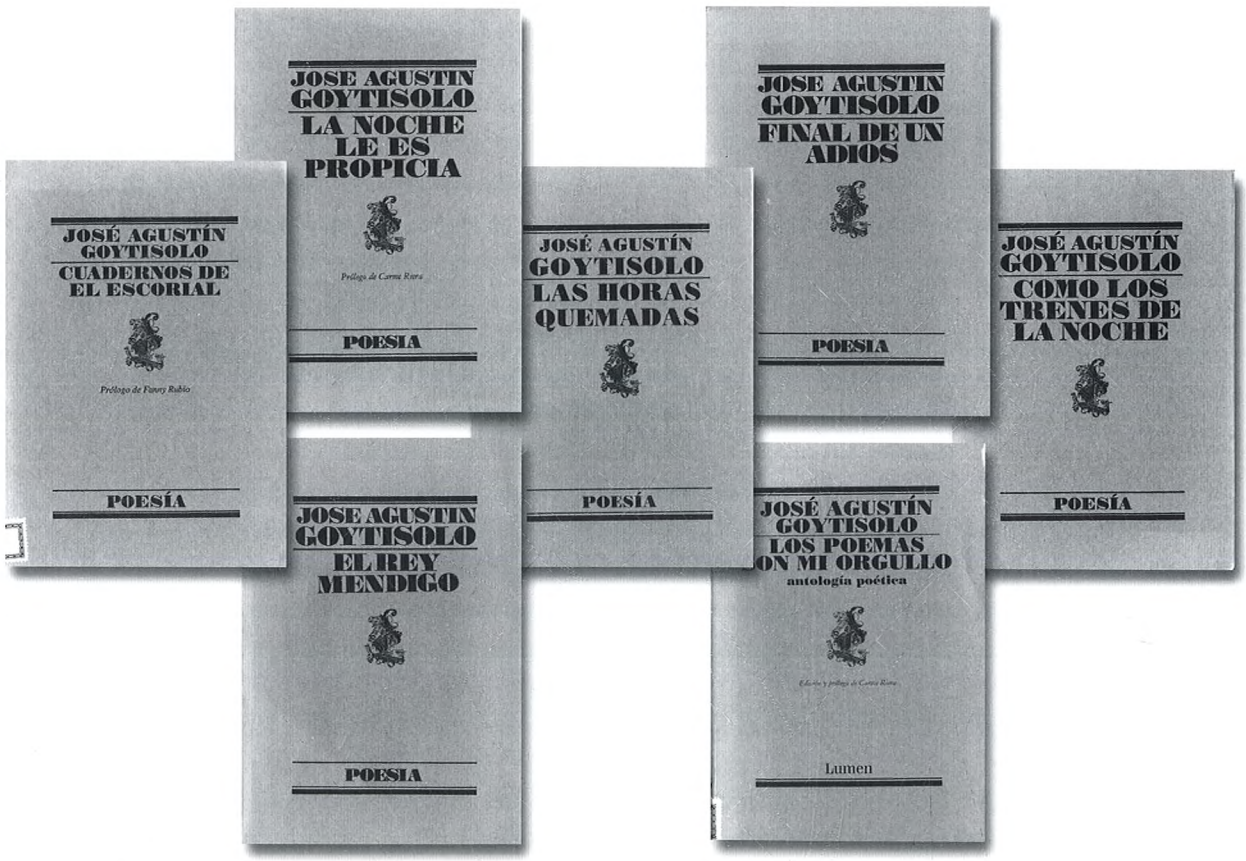
El poeta catalán es, junto a Ángel González, el gran irónico de una generación que al igual que Francisco de Quevedo, en otro tiempo también sombrío, habla con risas y malicia. *Salmos al viento* con sus versos libres es una novedad en la poesía española de fines de la década de los cincuenta. Las citas bíblicas burlan la miopía de los censores franquistas y visten al libro de una falsa religiosidad católica. No salmos sino sátiras son estos versos por los que deambulan un banquero opulento, la oronda dueña de un burdel o poetas celestiales que ya han tenido su réplica en las iras del buen callar que llaman Dámaso y también en los santanderinos José Luis Hidalgo y José Hierro.

Quizás, la poesía sea una religión que consuela sin mentir y nuestros santos laicos obedezcan a nombres como los de don Antonio Machado o don César Vallejo, pero también es cierto que en ocasiones sirvió para defendernos de los excesos de la religión. José Agustín se defendió del tufillo clerical de aquellos poetas del régimen escribiendo en mitad del tumulto callejero al tiempo que los celestiales, gentes de orden por supuesto, olvidan todo lo ocurrido –las detonaciones, el humo, la destrucción- y en la asamblea de un café desentierran a Garcilaso y lo llevan en andas como reliquia por aldeas y revistas.

Claridad, en 1961, teniendo como maestro a Antonio Machado, a quien dos años antes han homenajeado en Colliure en un acto que fue poético y político, hace coincidir intimidad e historia con versos que se alejan del ensimismamiento

simbolista y de la presunta objetividad de la crónica social. José Agustín es el primero del grupo en ser popular y en reunir en un solo volumen, *Años decisivos*, lo que es su poesía completa hasta ese momento.

Quizás en los días lejanos del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe naciera su pasión por la literatura de la América española. A comienzos de los sesenta, son muchas las cartas que se cruzan entre José A. Goytisolo y José M. Caballero Bonald, que reside por entonces en Colombia, con el propósito de acercar la poesía de uno y otro lado. Son más que ciertas las similitudes entre *Violín y otras cuestiones*, publicado en 1956, por el argentino Juan Gelman y sus *Salmos al viento*, obras donde la crítica ha señalado un modo semejante de entender la poesía social y cierto es su entusiasmo por la revolución cubana y su amistad con poetas de la isla como un Lezama que vive con su madre en la Habana Vieja *en una casa que conocen hasta los gatos más tontos de la isla*. Quiso mucho a la tierna suicida Alejandra Pizarnik; trató a Salvador Allende que le recordaba a su tío



Leopoldo y, en 1969, pasó tres día en casa de Jorge Luis Borges, una casa siempre en penumbra, conversando con quien más que un hombre era toda una literatura. José Agustín admiraba del maestro argentino sobre todo su poesía porque era, decía él, en ella donde se desnudaba. Quizás tuvieran tiempo de pisar en aquel Buenos Aires alguno de esos cafetines que son una escuela de todas las cosas y –lo dice el tango- *una mezcla milagrosa de sabihondos y suicidas*. Fruto de aquel encuentro es la antología de poemas del argentino publicada en Ocnos.

Será el más prestigioso de su grupo hasta bien entrada la década de los sesenta, pero le perjudicó sin duda el que en sus siguientes publicaciones mezclara, de modo reiterado, inéditos y poemas de libros anteriores.

Fue el primero en la fama y también en entrar en una crisis creativa de la que no regresa hasta 1968 con *Algo sucede* y luego con *Bajo tolerancia*, en 1973, donde hace convivir biografía y realismo crítico quien no llegó a militar en partido alguno aunque participara de modo activo en la lucha por la democracia, al igual que la mayor parte de los miembros de una generación más cercana a las inquietudes morales de Quevedo que al esteticismo gongorino. José Agustín es inmisericorde con la burguesía de la que procede. En alguna ocasión, comentó a la prensa como perdió su trabajo de abogado, se cargó de pastillas, la policía le rompió la cara y tuvo que irse a Madrid este hombre que como un acto más de rebeldía se integra, a fines de lo sesenta y principios de los setenta, en un taller de arquitectura que, en torno al afamado arquitecto Ricardo Bofill, congrega a sociólogos y poetas en busca de una arquitectura acorde a las necesidades culturales y materiales del hombre del siglo XX. Así nace su *Taller de arquitectura*, en 1977, con apenas inéditos ya que la mayor parte de los poemas proceden de *Bajo tolerancia*.

> Contemplo otra ciudad veo distintos
> los cruces de las grandes avenidas
> los altos edificios
> pues ni estancias ni templos ni jardines
> ni rótulos ni tránsito
> consiguen ocultarme el porfiado esqueleto
> de una organización compleja y delirante
> que como yo se aferra con uñas a la vida.

El cuatro de octubre de 1978 en el diario El País manifestaba, tras participar en una mesa redonda convocada en Montjuic por la revista *El Viejo Topo* en torno

a las palabras Poder y Literatura, que un poema como un edificio pueden ser amenazas para determinados gobiernos sean estos de derechas o de izquierdas.

Es por entonces en la poesía española una vieja foto de color sepia del hombre de aldea, ese que hace amistad con las acacias y la luna y sabe que oyendo a la tierra se aprende casi todo. El hombre moderno se agrupa en torno a fábricas y centros comerciales.

Acaso -pensaba Eugenio Montejo- hayamos llegado no sólo después de los dioses sino también después de las ciudades y al poeta, arquitecto por excelencia, igual que el pájaro y la araña, que son también creadores de forma, ya no le es posible la contemplación en nuestras urbes rectas, grises y ruidosas. La prisa y los ruidos metálicos son lo más lejano al Paris de Baudelaire, la Alejandría de Cavafis o la Lisboa de Pessoa y ya no es posible el poema que fue alguna vez dialogo con calles, mitos y tradiciones de ese poema mayor que es la ciudad.

Asoma la ciudad tímida, desafortunada, hiperbólicamente con las vanguardias en la poesía española, enfrentándose como sinónimo de bronco y violento a lo rural como natural y puro. El hombre urbano es ya tema central en la Generación del 50 en un país industrializado, pero bajo la dictadura (poetas industriales les llamó José Hierro). En *Taller de arquitectura* conviven el miedo del hombre en la gran ciudad, el sometimiento a la máquina y también la utopía sin que José A. Goytisolo sea por ello en absoluto el nostálgico de una sociedad artesanal.

Su legado en el tratamiento de la urbe lo recogen no aquellos librescos novísimos para quienes la palabra vivencia es una palabra horrible, sino otros que, en la década de los ochenta, con una poesía otra vez de alto contenido vital retoman la ironía, el humor y la parodia y como él deambulan por ciudades umbrías, parking subterráneos o bares en este calamitoso siglo XX.

José Agustín supo muy claramente, como lo supo su amigo Jaime Gil de Biedma, que el juego de hacer versos no es un juego y fue por eso autor de un gran número de poemas memorables, luchó contra la dictadura, soñó cuanto pudo y vio porque no pudo ser de otra manera más de una vez revolotear en las tabernas el duende alegre del vino.

No fue jamás aquel solitario que llenó sus páginas de gentes, el cantor de la mujer a la manera de Petrarca y significativo es en este sentido el espléndido "*Las mujeres de antes*" donde unas damas burguesas, irreales casi, parecen haber pisado la flor de la tontería.

En los paseos junto al mar
en las sillas de mimbre de los bares
reclinadas en suaves chaise-longue de terciopelo
fumando cigarrillos atrevidos y exóticos...
.....
Y entonces ¿para qué fingirse diosas
si ni ellas lo querían
y para qué tanto suspiro absurdo
tanta mano bellísima frotando en solitario
tanto dedo en saliva
si de la fiesta aquella sólo iba a quedar
algunos viejos cuadros y montones de cajas de sombreros
llenas de fotos ocres junto a discos partidos?

Entendió que la mujer de hoy está hecha del mismo barro que el hombre y la defendió en periódicos antes que lo hicieran los políticos con decretos y leyes. Por sus versos pasan mujeres de campo, jóvenes burguesas, monjas a las que teme desde niño y hasta una neozelandesa que ha convivido con los orangutanes. Pero es en dos libros *Los pasos del cazador* y *La noche le es propicia* donde asoma poderosa la figura de la mujer amada.

Desde 1954, no era un intruso en tierras extremeñas. Con la excelente compañía de Rafael Sánchez Ferlosio practicó un deporte que no le va a quitar el hambre sino la angustia y que lo devuelve al origen, cuando el hombre cazaba y la mujer es recolectora de frutos. Se deja empapar *como lluvia tenue* por los cantos de muchachas o de campesinos que oye a su paso y los anota en una libreta o en cualquier trozo de papel con la certeza del que sabe que el pueblo es, a menudo, un gran poeta y que encuentra con más frecuencia de lo que se cree el camino más corto entre la emoción y las palabras. Así nacen los poemas de *Los pasos del cazador* donde culmina su interés por los temas y motivos de la lírica tradicional.

En *Los pasos del cazador,* como se hacía en las viejas jarchas, se cede el protagonismo a la mujer, pero este hablar desde el corazón de ellas alcanzará su cenit en *La noche le es propicia* donde la mujer no es símbolo de aspiraciones ajenas. José Agustín detestaba esa tradición de poesía escrita por hombres donde la mujer es un objeto que se canta y con el asesoramiento de amigas como Montserrat Roig o Carmen Riera o leyendo a autoras como Alfonsina Storni o la monja María Alcoforado escribe estas páginas en las que se oyen aún lejos aquellas albadas de los viejos trovadores.

Hoy la anarquía de las sábanas
y el revuelo de sus cabellos
le devuelven a la alegría
de una infancia entre los olores
de un jardín que nunca olvidó
desde el que se oían oscuros trenes
que escapaban hacia la noche.

José Agustín había conocido en Paris, en los años en que España comenzaba a dejar atrás el fantasma de la guerra y el aislamiento cultural, a un trovador valenciano. Y será de la mano de éste como consiga eso que don Antonio consideró la mayor ambición de un poeta, ser anónimo pero en vida. José Agustín, que por ese tiempo acaso ya no creía que los poetas son las viejas prostitutas de la historia sino, como pensaba en sus inicios, la voz del pueblo, vuelve a las calles y junto a Paco Ibáñez, en la década de los noventa, recorre la geografía española y americana en recitales multitudinarios.

Pero era por esos años, ya lo dije, un hombre triste, cansado y taciturno. *Cómo los trenes en la noche*, en 1994, no es sino ahondamiento en la elegía y en la certeza de desamparo del que recoge ya sus recuerdos y prepara el viaje definitivo y lo hace al ritmo de eneasílabos, pues cree que es éste y no el octosílabo el metro coloquial básico.

Niño que fuiste: no lo dejes
ahora que acaba vuestro tiempo.
Id los dos juntos al andén
para emprender el gran viaje.

Son ya libros de vejez y despedida. Tendrá tiempo aún, en 1996, aquel rey destronado que hizo bien poco para evitar su propia destrucción con *Las horas quemadas* de reunir su tiempo entero en cuatro capítulos y conversar con lo que la vida tuvo de hermoso. Lo hizo, como solía hacerlo, entre la elegía y el humor, con un tono a menudo sentencioso, este hombre bueno y rebelde que, pasado el tiempo, se fue sintiendo igual que aquel otro de su *Bolero "un perro solo y sin cadena"* y se fue, por su propia voluntad, con la misma dignidad con la que había vivido. Aunque su canción siga sonando hermosamente a lo lejos.

II

- Alguna vez me has dicho que salías a caminar por las calles para evitar la tristeza…

- Cuando te cae ese pájaro arriba, ese pájaro que se llama tristeza o le dicen tristeza, lo peor es estar solo. La soledad te oprime, te acosa. No hay nada mejor que callejear, buscar amigos. Si estás en una ciudad que no conoces, presentarte en un sitio donde haya gente. Yo he tenido suerte en la vida, bueno, me creo afortunado, aunque no haya tenido una vida en absoluto envidiable. Tengo mi afición a cazar, pero no en monterías ni en cotos sino acompañado de una perra y de amigos como son Delibes o Ferlosio. Salir a caminar doce o dieciocho kilómetros a ver si sale la liebre. Y esto está muy bien porque te quita preocupaciones de encima. Cada cartucho es muy barato. Ahora creo que valen dieciocho pesetas. No es un deporte de ricos. Hombre, podría hacer aquella broma de los ojeadores, pero a mí y a Delibes eso nos parece vergonzoso. Si de cada tres disparos baja un pato, eres un buen cazador. Fíjate que el pato vuela casi a doscientos kilómetros por hora…

José Agustín Goytisolo (1987)

- Ese paso en lo desconocido que es la poesía (utilizo la definición del checo Vladimir Holan) ¿A ti a dónde te ha llevado?

- Me ha ayudado a conocerme a mí mismo. Y hoy considero que ha sido un lujo. Lo ha sido por varias razones, no se vive de esto como es el caso de la novela. No da dinero y si lo da es muy poco. Si lo haces es, como diría un romano, ex abundancia cordis. La escribes por la abundancia de tu propio corazón. Es el juego más apasionante que existe. Cuando preguntan eso de qué te llevarías a una isla desierta. No creo que existan. No me veo en una de ellas, pero sí puedo imaginarme dentro de una cárcel, como estuve hace años, pasando días y días rehaciendo un poema. Me cuesta mucho escribir. Soy yo quien me impongo que me cueste mucho. En todas las ediciones de mis libros hay revisiones. *Salmos al viento* va ya por la séptima edición. Se disparó desde el principio y todavía hoy la estoy corrigiendo porque es un juego ¿Quién te va a quitar esto? Y, fíjate, si te lo quitaran todavía podrías jugar a hacer poemas de memoria.

- Tú eres una de los niños de la guerra…

- Eso nos lo pusieron porque éramos unos niños cuando la guerra. Siempre hubo guerras en el mundo. No creo que sólo con buenos sentimientos se alcance la paz. Esa intervención de ahora para que no mueran niños en Somalia como están muriendo por parte de los yankis me parece correcta, aunque yo tenga muy poca simpatía a los yankis. Es acertado que vayan allí y cojan a las cuatro bandas que se lo comen todo y las arrojen al mar. Yo no creo en la violencia, pero si me atacan respondo con violencia. Escribí un poema que se llama Consejo evangélico y que dice así: "Me pegó fuerte en la mejilla izquierda / y yo como cristiano le ofrecí la mejilla derecha. / Entonces cuando vi que aquel bestia quería volver a golpearme / hice una finta y le partí la cara"

- Se ha hablado mucho de la presencia de la madre en vuestra generación. Estoy pensando en Carlos Sahagún, en ti mismo. Cuéntame algo de la génesis de para mi tu libro más hermoso, El retorno.

- Una persona que muere de una manera tan trágica y cuyo nombre estuvo prohibido en mi casa hasta que me casé ¿cómo no me iba afectar? Yo era el hermano mayor y fui el primero que tuvo que dar la noticia. Vivíamos en un pueblo, separados de Barcelona, a ochenta kilómetros. Mi padre, que era mayor que mi madre, cuando se enteró de su muerte, estuvo cuatro o cinco años sin hablar. Tenía una depresión como un caballo. Allí, se prohibió el

nombre de Julia. Hasta el punto de que teníamos una chica mayor, una señora de servicio, pobrecita, toda la vida con nosotros. Se llamaba también Julia. Era aragonesa, Julia Santolaria y mi padre le dijo de ahora en adelante usted se va a llamar Eulalia. Vivió con nosotros y murió en casa. No sé cómo se las hacia para dar de comer a todos con lo poco que había. Hacía guisos milagrosos con tan poco. Una vez que yo me hube casado y estando sentados en una casa de campo que es de la familia, estábamos allí él, mi mujer, el tío Leopoldo y la tía Catalina cuando saltó esa cosa de: "¿y cómo se llamará el niño?". Yo le dije a mi padre que José María, como él, porque lo de José Agustín me parecía una broma. Había dos parientes que querían ser mis padrinos. Uno se llamaba José, el otro Agustín. Echaron a suerte si yo me llamaría José Agustín o Agustín José. Me llamé José Agustín con un guión en medio. Y después Ignacio y Alejandro o sea que tengo tres nombres. Discutiendo esto alguien dijo: ¿Y si niña? Se oyó entonces la voz de mi padre: "Si es niña se llamará Julia, como su madre". Y le digo: "oye, padre, su madre se llama Asunción". Él respondió: "Bueno, tú ya me entiendes". Nació, fue niña, él la llevó a la pila del bautismo. Desde entonces, se pudo hablar de mi madre. En qué infierno debió de vivir aquel hombre que, además, tuvo tuberculosis y se curó también, no con penicilina que no había entonces sino con las sulfamidas. En qué infierno, digo, de joderse, prohibiendo todo lo que recordara a su mujer. Como si en vez de morir se hubiera ido con otro. Una cosa inconcebible.

- Se convirtió en la Julia más conocida de la poesía española…

- La niña que nació, sí. El primer libro está dedicado a la que fue mi madre, Julia Gay. Luego vino *Palabras para Julia* que es mi hija, claro.

- ¿Eres consciente del alcance que ha tenido ese poema en la voz de Paco Ibáñez?

- Bueno, pero no, que anoche la estaba cantando el grupo Veneno en la televisión. Yo no había oído esa versión. La mejor, con diferencia, es la de Paco, con mucho. Pero la cantan también Serrat, la flaca Guevara, Rosa León…es una canción para hombres. La nana, por ejemplo, es para ser cantada por una mujer. Esta canción tiene que ser dicha por un hombre mayor a una niña, a una chica joven. En este caso, su padre. El caso es que el año pasado o el antepasado, cumplió veinticinco años. Yo estaba entonces en París y había publicado el poema en el 66, en *Ruedo Ibérico*, y en 68, en el Olimpia, estrenaba canción Paco Ibáñez. Ya de salida fue el acabose y aún dura. No sé si me voy a convertir en uno de esos poetas que sólo se recuerdan por un poema…

- Hablábamos antes del tema de la familia. Ni a ti ni a muchos de tu generación os interesaron excesivamente poetas como Panero o Rosales.

- No. Y no es que fueran malos escritores. Tampoco se trataba de hacerse el héroe. Si había que hacer algo había que hacerlo con los estudiantes, con las gentes de la fábrica, en la calle. La generación de Nora, Otero, Celaya. Estos de España, España... El grupo del 50 éramos un grupo de amigos. Yo, en Barcelona, cuando me fui a estudiar a Madrid, para no perder curso, dejé a Barral, Gil de Biedma, Alfonso Costafreda y a Gabriel Ferrater que escribía en catalán. Llego a Madrid y Emilio Lledó me proporcionó entrar en un Colegio Latinoamericano. Allí conocí a Valente, Ángel González y, poco antes, a Pepe Caballero Bonald. No habíamos publicado ni un solo libro, pero éramos lectores convictos y sabíamos que el otro escribía. Nadie enseñaba su poema al otro. Si los miras a todos juntos quizás haya algún rasgo común, pero qué poco se parecen Claudio Rodríguez, Jaime Gil de Biedma, Ángel González o Carlos Barral. Cada uno tiene su voz.

- Escribió Juan García Hortelano que érais "implacables estetas en el desierto".

- Sí, es una frase de él. También nos llamaban Generación etílica. Exageran mucho. Entonces nadie bebía un trago. Eso de ver a uno que estaba bebiendo un vino o un gin tonic y en el caso de Claudio muchos vinos y en de Barral muchos gin tonic. Yo he sido más bien moderado en eso. Nos llamaron Generación etílica, pero es que en el caso de la Generación del 27 sólo bebían agua mineral.

- ¿Qué siente un hombre cuando se le han muerto Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral, Juan García Hortelano...?

- Jaime y Carlos murieron en menos de un mes. Estuve en la incineración de los dos. Fue un desastre. Me fui de Barcelona. Llamé a Alarcos Llorach, estuve dando unas conferencias. Estaba como asombrado. Dos personas que eran mis amigos desde los 16 años y ya no estaban. Y la gente insistiendo "usted que es el sobreviviente". No lo pude soportar.

- Estoy recordando una nota que publicaste en Renacimiento *donde decías que te dio miedo al verlos pisar el acelerador de la vida. También decías muy bellamente que los querías.*

- Mucho más de lo que nadie se pueda imaginar. Eran amigos míos, Jaime y Carlos, desde antes de la Facultad de Derecho. En Barcelona éramos los que escribían en castellano. En Madrid nos llamaban los catalanes. Qué quieres que te

diga, perdí un poco el control. Eran llamadas todo el día. Todo el mundo quería saber...

- Tu libro Claridad *habla de la pérdida de la fe. Dice Eugenio Montejo que hoy un poema es una oración a un dios desconocido, pero un dios que dura lo que dura el poema.*

- Es correcto. Yo lo único que no diría nunca es que soy ateo. Es lo mismo que decir que soy creyente. Yo lo que soy es lo que llaman agnóstico. "No pienses, cree", me decían. Todo el mundo quería que creyéramos a ciegas. Stalin, Franco. Todos los tiranos querían la inquebrantable adhesión al régimen. ¿Cómo voy a creer en un partido político? Me puede gustar más o menos lo que diga. O como dice el otro, si no creo en la iglesia católica que es la verdadera...

- La ironía asoma en tus poemas. ¿Te ha salvado a ti de algo?

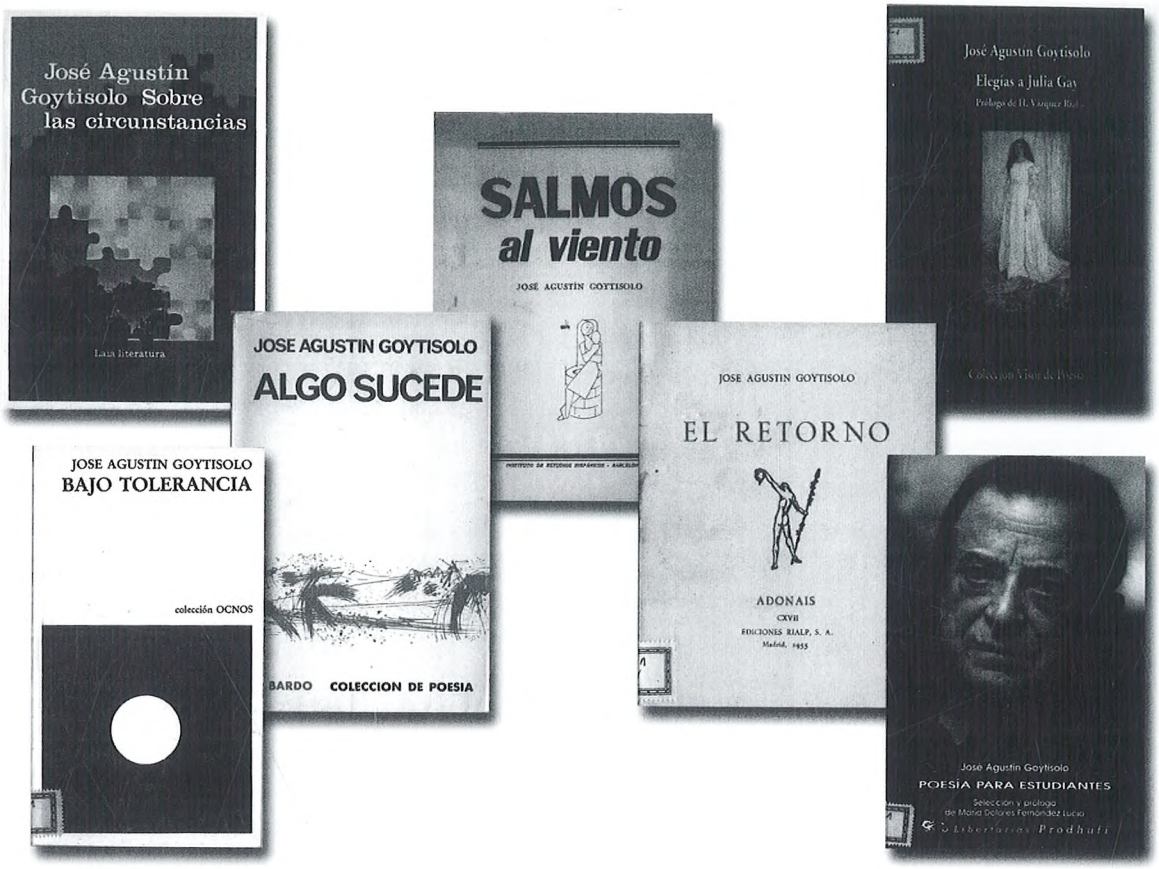
- En el Grupo del 50 los que más hemos empleado la ironía hemos sido Jaime Gil, Ángel González y yo. Es una manera de oponerte a lo que no te gusta pero quitándole esa especie de aureola romántica. Claro que nos dieron hostias pero es un poco vergonzante ir por el mundo poniéndote medallas. Muchos que hicieron menos que nosotros y que estaban en Falange, ahora tienen cargos en diferentes partidos. A mí eso no me ocurrirá jamás.

- Los Celestiales, contrariamente a vosotros, sí eran gente de orden.

- Sí que lo eran. Por un lado, estaban García Nieto, los de la *Juventud Creadora*. Se reunían en el Café Gijón y se leían, unos a otros, unos sonetazos impresionantes. Uno de ellos, por hacerse el gracioso, justamente García Nieto, se inventó una poetisa, Juana García Noreña, y le dieron el Premio Adonáis a esta "señora". Se intercambiaban sonetos como los niños cromos. Era horrible. Y luego vino este grupo, Rosales, Panero...Estos sabían escribir mejor, pero, claro, tenían esa cosa oficial que les obligaba a escribir cosas como aquella *Carta perdida a Pablo Neruda* que es un libro horrendo. Y no era Panero un mal escritor, de ningún modo. No era de mi cuerda, pero no era un mal escritor. Luego ha provocado lo de los hijos esos, un poco desorientados.

- Los poetas, dices tú, son las "viejas putas de la historia".

- La primera música que hubo fue la voz humana. Todos los instrumentos que vinieron después fueron para acompañar, para juntarse a la voz humana. En Roma y Grecia el poeta era un personaje peligroso. Fíjate lo que decía el dramaturgo griego Anaxágoras: "Zeus me ha puesto sobre la ciudad como pone al tábano sobre el caballo para que pique al caballo y no se duerma". Si haces una nómina de los poetas que



han estado en la cárcel te vuelves majareta. Hubo un señor que se tomó esa paciencia. Se trata de la *Antología de la Poesía Española Carcelaria* de Josep María Balcells. Están todos. Están Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Quevedo…terrorífico. El poeta busca dentro de su propia voz un sonido más agradable que el de la conversación. Luego vino una cosa que se llamó la rima que es más moderna. La poesía griega y latina no sabía lo que era la rima y sabía perfectamente lo que era el ritmo, la métrica y la cesura. La rima empezó en la Edad Media como un procedimiento técnico para recordar. La poesía no nació con rima sino con ritmo.

- Tu libro último, La noche le es propicia *es un libro exclusivamente de amor. Antes, en* Los pasos del cazador, *habías mostrado tu intención de separar tu lenguaje poético del de otros poetas y también del lenguaje de la poesía tradicional. Amplíame esta intención.*

- Hay una tradición de poesía amorosa, valiosa por una parte, que me ha molestado un poco. Está casi siempre escrita por hombres, a veces por alguna mujer imitando a los hombres. La mujer es el objeto, está fuera del poema y se le canta o

se le dicen cosas. Algunos son más atrevido aun como Miguel Hernández o como Neruda con aquello de *"te pareces al mundo en tu actitud de entrega"*. Si soy una mujer yo me cabreo. ¿Por qué se va a entregar? Y acaba diciendo *"mi cuerpo de labriego salvaje te socava"*. Soy una mujer, se me tira encima un labriego salvaje y le pego una hostia que le vuelvo loco. Y encima la preña, *"hace saltar al hijo del fondo de la tierra"*. Este tipo de poesía a mí no me gustaba. Quería escribir otra cosa. He estado cinco años dándole vueltas. Me han ayudado muy buenas amigas, Montserrat Roig, que vivía entonces, pobrecita. La que más me ayudó fue Carmen Riera. También Fanny Rubio y Amalia Rodríguez. Es un libro que está concebido, siguiendo muy de lejos, una cosa que tenían los trovadores provenzales y que se perdió, unas canciones largas llamadas albadas. Yo quería que la mujer no fuese un objeto. Tampoco era cosa de hacer aquello del Esposo y la Esposa en el *Cantar de los cantares*. Se me ocurrió contarlo en tercera persona. Contando en tercera persona el narrador llega al fondo del mundo de la mujer. Es muy diferente. Las mujeres tienen mucho más desarrollado que nosotros el sentido del olfato y del tacto. Es otra sensibilidad que yo tuve que ir buscando en escritores que me gustaban. Escritores como San Juan, Santa Teresa, Fray Luis, Sor Juana o María Alcoforado, la monja portuguesa. También Alfonsina Storni. Y fuera de aquí, en buenas traducciones. También me interesó Elisabeth Barret, poetisa a caballo entre el siglo pasado y éste, que tiene un libro precioso editado en Planeta, *Los sonetos del portugués.*

- ¿Cuántas veces te quedan de "ponerte a pensar y sentirte igual que un perro solo y sin cadena"*?*

- Este bolero estaba dedicado a Jaime Gil de Biedma. Fue cuando decidió no escribir más y empezó a beber más fuerte. Se había enterado que tenía el sida aunque duró todavía muchos años. Iba, como era de una familia muy rica, el pobrecito mío, mi hijo, al Instituto Pasteur, cada mes, y se cambiaba entera la sangre. Dejó de escribir porque se sentía mal. Cuando escribió aquello de "Contra Jaime Gil de Biedma" ya lo dejó. Le vi hasta poco antes de morir.

- Has vivido mucho. Hay un poema tuyo donde dices: "Hay aún en un rincón oscuro una mujer sin rostro y sin pasado denunciando locuras que no hicimos". *Supongo que estás dispuesto aún a cometer muchas locuras…*

- Pues, mientras pueda, sí. Es lo mejor. De lo que uno no se arrepiente. No hay nada mejor que transgredir normas idiotas y la mayor parte de las normas lo son.